

esperaban unas ocho personas que nos revisaron a conciencia con la vista mientras se apartaban de forma de dejarme libre el acceso. El niño de la bicicleta ya había golpeado con el llamador de bronce en la puerta que resultó ser la de la vivienda familiar. Un niño, mayor que el de la bicicleta, abrió y me hizo pasar. También ingresó el niño de la bicicleta y cerró la puerta. El niño mayor me hizo señas que lo esperara y ambos pasaron a la siguiente habitación y me dejaron esperando en el pequeño recibidor. Ambos niños aparecieron flanqueando a su madre, vestida totalmente de negro, con la cabeza cubierta por un pañuelo oscuro y rasgos de haber llorado. Me tendió la mano y me hizo pasar a la siguiente pieza donde me ofreció asiento. Ella se sentó en una silla frente a mí con los niños a su lado. Me presenté y leí lo que Don Ahmed había dispuesto en caso de fallecimiento, que sus bienes, el almacén de ramos generales y la vivienda pasaban a sus hijos Ismael y Saúl y que serían administrados por su esposa Doña Zulma mientras fueran menores. Lo mismo se establecía con la fracción de campo sobre el arroyo Ceibal y el ganado vacuno y ovino de su propiedad. Se dejaban a Doña Zulma indicaciones precisas de la baldosa del dormitorio bajo la que se encontraba una bolsa con libras de oro para disponer de ellas en caso de necesidad. Allí encontraría el título de propiedad de los bienes, las acciones del molino "18 de Julio" y los estatutos de la cooperativa agrícola donde se establecía el capital social de conformación y el porcentaje de utilidades que le correspondía a Don Ahmed. En cuanto al dinero en efectivo, además del que llevaba encima en los bolsillos, las instrucciones ordenaban a Doña Zulma a buscar en el forro de su abrigo y en cierta moldura del ropero del dormitorio. Doña Zulma no me comentó cuánto dinero había en cada uno de los lugares, pero luego de mi lectura se retiró por unos pocos minutos y retornó más relajada, por lo que siempre supuse que la cifra alcanzada había sido